

— Desearía agregar — continuó él — que me sentiré muy feliz al adoptar a su hijito como si fuese mío y ayudarlo a darle una buena educación. Ana María, puede estar segura que seré un padre para él.

— No debí haber permitido que esto llegara a suceder — decía Ana María. — Hubiera debido saber que tarde o temprano tendría que pasar. Hubiese debido irme de aquí hace mucho tiempo.

Nunca debió haber regresado al escritorio de Nesbit. Lo comprendía ahora. Tendría que retirarse lo antes posible. No podría encontrarse frente a frente con Roberto Nesbit después de esa tarde. Esa era la verdad. Era doloroso aun en ese instante en que él pacientemente esperaba su respuesta.

Se levantó para hacerlo y sus miradas se encontraron.

— Si yo hubiera sabido que usted todavía pensaba en mí de este modo, jamás hubiese vuelto a su escritorio. Todo me pareció tan natural en el primer momento, la señorita Olson que se retiraba de aquí, usted que necesitaba una nueva secretaria y yo que tanto precisaba el empleo... ¿Creyó usted que iba a divorciarme?

Se interrumpió bruscamente al oír que sonaba la campanilla del teléfono.

— Un segundo, por favor, señor Nesbit — díjole acercándose el tubo al oído. — Habla con la secretaria del señor Nesbit.

— Ana María, ¿eres tú? — Era la voz de la madre de Jorge. Al oírla, Ana María no pudo menos que ponerse algo nerviosa. ¡Hacía tanto tiempo que no sabía nada de ella!

— Sí, señora de O'Farrell. — En su nerviosidad había olvidado que la madre de Jorge no era ya la señora de O'Farrell, sino la señora de Ortega.

— Mi esposo y yo deseáramos saber si tú puedes venir por aquí después que salgas del escritorio. Deseamos hablarte sobre Jorge. Está aquí con nosotros. ¿Sabías que ha estado muy enfermo?

— No. Yo no he sabido nada — contestóle Ana María, dejándose caer sobre la silla. — ¿Qué es lo que tiene?

— Pulmonía. ¡Pulmonía! ¡Y no le habían dicho nada!

— Ya está mucho mejor — continuó la voz de su suegra, y Ana María ponía toda su atención a fin de no perder una sola sílaba. — Mucho mejor. El doctor y yo no hubiéramos querido molestarte, pero resulta que durante los últimos dos o tres días han aparecido algunas dificultades que nosotros solos no podemos solucionar sin tu ayuda.

¿Qué es lo que quería decirle su suegra? ¿Por qué no le había dicho claramente lo que pasaba en vez de hablar sobre algunas dificultades? Ana María no suponía lo que pudiera ser.

— Iré en seguida — respondióle, cogiendo el receptor.

Después lo miró a Nesbit.

— Mi esposo ha estado muy enfermo, gravemente enfermo, con pulmonía — le dijo con una voz que más bien parecía un lamento. — ¡Y no me avisaron nada! ¡Recién ahora me llaman por teléfono para decírmelo!...

Comenzó a guardar los papeles y los lápices dentro de un cajón y cerró su máquina de escribir, mientras Nesbit la miraba hacer, las manos en los bolsillos y la boca semiabierta, como si deseara decirle algo.

— Voy a verlo en seguida. No tiene inconveniente, ¿verdad? — le preguntó, cerrando su cajón y dándole la llave.

— Ninguno. La acompañaré hasta abajo y esperaré hasta que consiga un taxi — dijo él suavemente, como comprendiendo los sentimientos de Ana María en aquel momento. Le tuvo la puerta abierta mientras ella pasaba, y ambos salieron.

Los demás empleados los miraban con curiosidad al verlos pasar juntos por la oficina general.



## Charlas Femeninas

Por MESEC TUBAT

### NO TE APLAUDIRAN

No hagas nada por atraer la atención. Nadie cae en cuenta de nada. Sólo se estima y valora la propia labor y el propio mérito.

No hagas alarde de comedimiento y de sacrificio con vanidosa ostentación, de todas maneras nadie te aplaudirá; nadie te elogiará.

Todo lo que hagas hazlo por tí y no por los otros. Mide tus actos por tu propia opinión. ¿La conciencia te lo aprueba?... No te inquietes, el acto es bueno. Si tu conciencia se inquieta y te lo reprueba, puedes estar segura: el acto es malo.

No te empeñes en querer ser la más inteligente, la más valiente, la más diligente y la más capaz. Si aunque lo seas a "ojos vistos", de todas maneras tus espectadores no lo declararán. No te fatigues, pues, inútilmente; no hagas alarde; no hagas nada que no sea tu deber; tu deber de acuerdo con tu inteligencia y nunca en halago de tu vanidad y en tu afán de ser la primera y atraer la atención y recoger admiración y aplausos.

### TOLERANCIA

"Toleraos unos a otros y olvidad las ofensas que podríais tener unos contra otros."

Nada es más difícil que saberse soportar a sí mismo. Saber soportar al prójimo es cuestión de cultura o tolerancia, pero es cuestión también que posee un límite, pues al prójimo lo rehuimos, lo rechazamos, cuando no podemos tolerarlo, le suprimimos de nuestra amistad, y descansamos. La carga pesada y difícil es soportarnos a nosotros mismos.

A nuestra personalidad no podemos cerrarle las puertas, ni podemos rehuir nuestra impertinencia.

Miremos lo desagradable de los amigos a quienes debemos tolerar y no nos hagamos tolerar de ellos, corriamos nuestra impertinencia, seamos tolerantes y, sobre todo, perdonemos, porque el perdón sin dobladas intenciones es necesario para las pequeñas y grandes faltas de la vida; el perdón bien acordado, amplio y completo trae para el alma una gran paz.

Cuando no se sabe tolerar y perdonar, se lleva sobre el corazón algo que lo oprime, algo que atosiga el alma y que nos pone en malas condiciones para vivir, pues no es nunca excusado ni perdonado quien antes no supo hacerlo.

### EL AMOR NO TIENE JERARQUIAS

El amor es el único sentimiento para el cual no existen ni los rangos, ni las jerarquías, ni las clases sociales.

Todos los otros sentimientos gozan de privilegios; la vanidad es sólo de los tontos; el orgullo, de los torpes; la bondad, de los privilegiados; la generosidad, de los refinados; el odio, de los incultos; la maldad, de los locos; el egoísmo, de los despreciables, etcétera, etcétera... Pero el amor, el amor es el más generoso de todos; él allenta todas las vidas, lo mismo se alberga en el pecho del blanco que del negro, del bueno que del malo, del pobre que del rico, y se da por igual y con su misma alegría a unos y a otros. ¿Qué le importa al amor el rango social, si él lo mismo vive en palacios que en chozas, bajo techo que a la intemperie?...

¿Qué le importa la cara y la apariencia, si para él le da lo mismo la fea que la linda? Bien lo pintaron sin ropas y descalzo, niño siempre y siempre riendo, si es en verdad inconsciente y generoso, y como la infancia no sabe de elecciones, ni de privilegios, ni tampoco de jerarquías.

### RICOS Y POBRES

Pensándolo bien, el dinero es la ofensa más grande que cabe en la sociedad. Es el que más humillaciones causa, el que más deprime. Debería haber una cierta igualdad que disminuyera ese constante dolor.

Véase en los amigos y parientes, cuando uno es rico y otro pobre, cómo, sin quererlo, el dinero deprime y humilla; establece superior e inferior. Lo mismo ocurre en la sociedad. Tal vez todos deberíamos empeñarnos en ser pobres y no ricos, porque la pobreza engendra, sin duda ninguna, sufrimientos, pero engendra también luchas; de la pobreza nace el ingenio. ¿Qué sinnúmero de hombres pobres dieron adelanto a las ciencias y qué reducido número de ricos fueron útiles a las industrias y al invento!

El dinero amodorra la inteligencia a fuerza de dar comodidad y despreocupación.

La pobreza mantiene el dinamismo y despierta la iniciativa. El rico tiene séquito de aduladores y la adulación es perniciosa, porque atrofia. El pobre va solo, con su problema angustioso clavado en la frente, discierne, calcula, procede y en general triunfa.

### LOS SIGNOS DEL CIELO

Siempre que veo rodar por el espacio una exhalación, pienso en que es un alma, un alma privilegiada, luminosa, que tal vez busca en el espacio otra alma; el alma que amó en la tierra para seguir amándola.

Los signos del cielo se me ocurren signos del amor; las estrellas, el refugio de los espíritus, el mundo de los espíritus, los muertos que aún nos siguen alumbrando.

Nuestros amigos que se fueron, los que no supimos quizá estimar en la vida y admiramos en el cielo, tras el espacio hecho luz.

Los signos del firmamento tienen la virtud de paralizarnos el pensamiento: "Se debe pedir algo imposible cuando veas a una estrella caer", dice el vulgo. Y es seguro que cuando la vemos caer, no pedimos nada, no pensamos nada, no formulamos pensamiento alguno; es que nos quedamos admirados y extasiados; es que interrogamos, ¿será, en efecto, un alma?, ¿el alma que busca en el espacio otra alma, la amada, para seguir amándola?

Ana María apenas si los vió. En ese momento para ella no existía más que Jorge. Sus pensamientos estaban en la vieja casa del doctor Ortega, donde Jorge yacía enfermo.

— Si lo hubiera pensado antes, yo mismo hubiera podido llevarla en el auto — díjole en el momento de abrir la portezuela del taxi para que Ana María subiera.

— ¡No sabe el dolor que todo esto me causa, señor Nesbit! Ya una vez le dije que usted es el hombre más bueno y gentil que he conocido. Solamente que...

— Comprendo, Ana María — murmuró él, estrechándole la mano. A través del vidrio del auto, Ana María lo vió sonreír con amargura y quedarse allí, en el lugar donde le había dejado, hasta que el vehículo se perdió en medio del tráfico.

Jorge estaba en cama, en una habitación de la casa del doctor Ortega. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos, aunque un poco hundidos, con el brillo de siempre. Su mirada iba de Ana María, que estaba sentada a la orilla de la cama, a su madre, que se encontraba de pie junto a ella.

La señora de Ortega era la que tenía la palabra. Durante veinte minutos había estado contándole a Ana María cómo había cuidado a Jorge las tres últimas semanas, y ahora le estaba explicando por qué la había llamado.

— El doctor obtuvo una radiografía de los pulmones de Jorge hace más o menos unas seis semanas, un poco antes de que él se enfermara de pulmonía — díjole solemnemente, como tratando de impresionar a Ana María con sus palabras. — Ya entonces el doctor no estaba muy satisfecho de su salud, pero ahora que ha estado tan enfermo, está sumamente preocupado por ella. Tiene miedo de lo que podría sobrevenirle si se quedara aquí. Podría quedar completamente aniquilado por una gran debilidad, o quizá algo peor...

Ana María estaba aterrorizada.

— El doctor dice que tendrá que abandonar este clima a la brevedad posible — continuó la madre del enfermo. — Piensa que debería irse inmediatamente a Córdoba. Un invierno allá lo repondrá pronto, mientras que corre un gran riesgo quedándose aquí. Solamente que, como tú comprenderás, Ana María, no sabemos cómo podríamos hacer para mandarlo allá. Jorge no tiene fuerzas para trabajar y nosotros no estamos en condiciones de pagar los gastos, además de una enfermera que lo cuide..., y tendrá que tener una, al menos por un tiempo. Nosotros pensamos en que quizá tú podrías ocuparte de algo allá, algo que pudiera darte algún dinero...

Miró a Ana María como queriéndola interrogar con la mirada, y después continuó:

— Yo iría con él, pero no sé cómo podría dejar al doctor durante tantos meses. Lola dijo que ella estaría dispuesta a ir, pero tú sabes que no tiene dinero... El doctor y yo podemos aportar para los pasajes de dos personas; eso es lo único que podemos hacer por el momento.

Ana María escuchaba con aparente calma, pero sentía subir desde el fondo del corazón una ola de odio, de cólera contra esta madre egoísta que se acordaba de ella para convertirla en enfermera de su hijo, del hombre que la había abandonado sin ninguna clemencia, sin tener en cuenta que ella se encontraba sola y con un niño en los brazos. Por eso no pudo seguir callando, y la Ana María que todos conocían se transformó a sus ojos cuando rugió más que habló:

— ¡Egoísta, mala madre! ¿Así es cómo quiere usted a su hijo? ¿Así es cómo lo socorre al verlo tirado en una cama? ¡Farsante, mujer sin corazón!

(Continúa en la página 35)